

CRUZ PROCESIONAL

Ca. 1500

Bronce

53 x 38 cm.

Procedencia desconocida

Ingresada por la Comisión de Monumentos de Ourense

Nº Inv. 545

La producción de objetos suntuarios en oro, plata y otros metales y aleaciones, para las distintas celebraciones litúrgicas fue abundante desde los inicios del cristianismo. Utensilios como cálices, custodias, cruces de altar o procesionales, incensarios, navetas, etc., serán fiel reflejo de los estilos artísticos imperantes en cada momento, uniendo a su funcionalidad la búsqueda de la belleza y la perfección técnica, para convertirse en merecidos contenedores del Cuerpo de Cristo que acogen o representan plásticamente.

Desde los tiempos medievales catedrales, monasterios e iglesias parroquiales rurales rivalizarán en poseer los más ricos objetos de orfebrería, lo que conllevará una continua renovación de los mismos. No obstante, son pocas las muestras que se conservan de los tiempos del medievo en relación con las que realmente debieron existir, debido a que, como recoge López Ferreiro, numerosas piezas fueron fundidas para la elaboración de otras que en su tiempo se consideraron más importantes.

En Galicia, Santiago de Compostela como meta de peregrinos, fue, lógicamente, el principal centro productor y lugar de atracción de artistas europeos que extienden su influencia por toda el área gallega. Referencias históricas nos hablan de los intereses que en el comercio de objetos de culto tenía la iglesia compostelana. Así, en el siglo XIII, de las cien tiendas fijadas en la Plaza de Platerías, veintiocho pertenecían a la propia Catedral.

Del siglo XV se citan piezas de importación procedentes de Francia e Italia que vendrían a sumarse a las que se realizarían en los talleres gallegos. De entre todas ellas, las más numerosas, junto a cálices e incensarios, son las cruces, casi todas ellas de tipo procesional, realizadas en bronce o cobre, plata, azabache y cristal de roca.

No debemos olvidar que la cruz procesional es el símbolo litúrgico distintivo de la comunidad parroquial, presidiendo las funciones sagradas colectivas tales como procesiones festivas o las organizadas con motivo de alguna rogativa, entierros, etc., y que además de objeto indispensable, es considerada la pieza más valiosa y cuidada de la feligresía.

El mayor número de ejemplares de época tardogótica conservados en la actualidad corresponde a las realizadas en bronce, por la ya citada costumbre de fundir las piezas de materiales preciosos. Se trata de cruces que pertenecen al mundo rural de las parroquias y que en muchos casos eran costeadas por los propios feligreses.

Su cronología se sitúa en los años finales del siglo XV, con continuidad en el primer tercio del siglo XVI, y debieron de gozar de una amplia difusión en todo el norte de la Península. Los ejemplos conservados en Galicia se encuentran distribuidos por muy diversos y distantes puntos de nuestra geografía (ejemplares conocidos son las tres cruces que procedentes de diversas parroquias pontevedresas se guardan en el Museo Diocesano de Tui, varias en las provincias de Lugo y Ourense o también en esta provincia las que se conservan en los Museos Diocesano y Catedralicio). Todas ellas son obras procedentes de talleres tardogóticos que cubren la demanda de utensilios litúrgicos de las parroquias rurales, en claro contraste –tanto material como artístico– con las de las Catedrales, mucho más ricas y producto de orfebres de reconocido prestigio, casi siempre foráneos, como es el caso de la denominada “Cruz Preciosa” de la Sede auriense, indiscutible joya de la orfebrería de la ciudad a comienzos del siglo XVI.

No era extraño, sin embargo, que en las parroquias de mayor poder adquisitivo existiesen dos cruces procesionales: una de plata para las funciones más solemnes y otra más sencilla, de metal no noble, para los actos ordinarios.

Dentro de esa tipología de cruces rurales más simples tenemos que encuadrar esta que conserva el Museo Arqueológico, ingresada en su momento por la Comisión de Monumentos de Ourense, sin que quedara constancia de la data de ingreso ni de su procedencia, que podemos suponer de alguna de las múltiples parroquias que conforman la provincia ourensana.

Realizada en plancha de bronce, su esquema sigue el tipo de cruz latina abreviada, con brazos que parten de un pequeño cuadrón central cuadrado. Presenta un movido perfil festoneado, decorado en todo su contorno por una crestería vegetal a modo de cardinas y con expansiones o salientes flordelisados en el centro de los brazos y pequeños frutos torneados hacia los extremos y otros de factura similar que se proyectan desde los ángulos del cuadrón. No conserva en la actualidad los que rematarían los brazos.

La superficie muestra una ornamentación sencilla, con un cordón sogueado en relieve en el centro de los brazos y motivos de estrellas y pequeños círculos incisos, además de una fina línea perfilando los travesaños.

Tampoco conserva el cañón ni la macolla, que en este tipo de piezas suele ser muy simple, normalmente de tipo globular con moldura central sogueada y gallones realizados mediante leves incisiones.

En el anverso ostenta una figura fundida del Crucificado (de un material más cobrizo que el resto de la cruz), que responde a las características del último gótico. Se trata de un Cristo sufriente o doloroso, con los pies sujetos por un sólo clavo, lo que obliga a la postura forzada de las piernas, anatomía magra y detallada y un corto paño de pureza anudado en un costado.

En el reverso de la cruz, liso, ofrece una imagen en relieve, también fundida y hoy soldada con plomo, de la Virgen con el Niño en brazos de influjo renaciente.